

Textos exposiciones

el canon va por barrios, (*Philip-Lorca diCorcia*, Galería Helga de Alvear, del 11/3/04 al 8/5/04), *Ubicarte*, abril de 2004

Utilizando una puesta en escena que ya huele a rancio, diCorcia se presenta en Madrid revestido por el halo de lo que ha sido becado por los progresistas y atacado por los reaccionarios. Sin embargo, la iluminación teatral de sus imágenes, su "atractiva artificialidad" resulta a estas alturas ortodoxa, carente de cualquier misterio. El regusto por la vulgaridad, por la fantasía Kitsch ya lo hemos visto en muchos otros (también en cierto Parr). Esa alternancia de tedio actual y violencia latente, de estereotipo y monstruosidad, está ya canonizada por Avedon, Mapplethorpe y tantos otros. Es el mismo juego sobre el cual ironizaba Sontag hace treinta años. Que algún senador carca de Estados Unidos muestre su aversión por esas imágenes "degeneradas", como si lo hiciera la Falange española, no garantiza que haya ahí ningún valor artístico especial.

¿Chaperos, drogadictos, colgados en general? Una ortodoxia no menos gilipollas que la otra. Como si la mayoría moral y las minorías perversas, en USA y en todas partes, no fueran piezas del mismo juego, no compusieran desde hace tiempo una tándem perfecto para mantener apuntalado el capitalismo espectacular. Poco más o menos, ese submundo de las identidades minoritarias, cristalizadas, es solamente una Iglesia invertida. Como señaló Deleuze, había ya en Bataille algo de esta tontería, pero con bastante más riesgo y más inteligencia.

¿Qué importa que la viñeta que nos cuenten los chaperos (nombre, edad, lugar de nacimiento) sea real o una ficción? El aburrimiento es el mismo. Sólo la vida plana de ciertos gremios postmodernos, digitalizada en interiores continuos, explica que estas cosas tengan el aplauso del público.

Ahora bien, ¿el efecto sería el mismo con amas de casa de Albacete o estudiantes de Pontevedra? No. Primero, porque los personajes han de ser marginales, *outsiders* investidos por el halo oficial de lo maldito. Pero, también, porque los personajes han de ser ciudadanos norteamericanos, esto es, del corazón del imperio de donde nos llegan las majaderías culturales que nos tragamos a diario en provincias. El mito de la vida trepidante de Norteamérica, tanto en la versión del Senador Jesse Helms como en la de muchos artistas "radicales", es el que permite que la estupidez no tenga límites en el campo del arte.

Enigmáticamente, el hecho de que la escena transcurra en Iowa o en Los Ángeles le otorga no se sabe qué marchamo de interés. Un mundo lleno de nuevos consumidores fascinados con las luces de "América" devora esas frecuencias de onda. Pero no sólo la cohorte de artistas que sigue esa estela no ha entendido nada de Baudrillard, sino que tampoco tiene la más remota idea de lo que significa, incluso en USA, lo *real* sin subtítular, una existencia desnuda de la hipertitulación propia de los gremios cerrados. Francamente, se respira otro aire en la sala de al lado, habitada por los colores de Miura. Tendríamos que ver lo que dice, pero por lo pronto nos insinúa algo aún no fijado en clichés.

Madrid, 24 de marzo de 2004.

